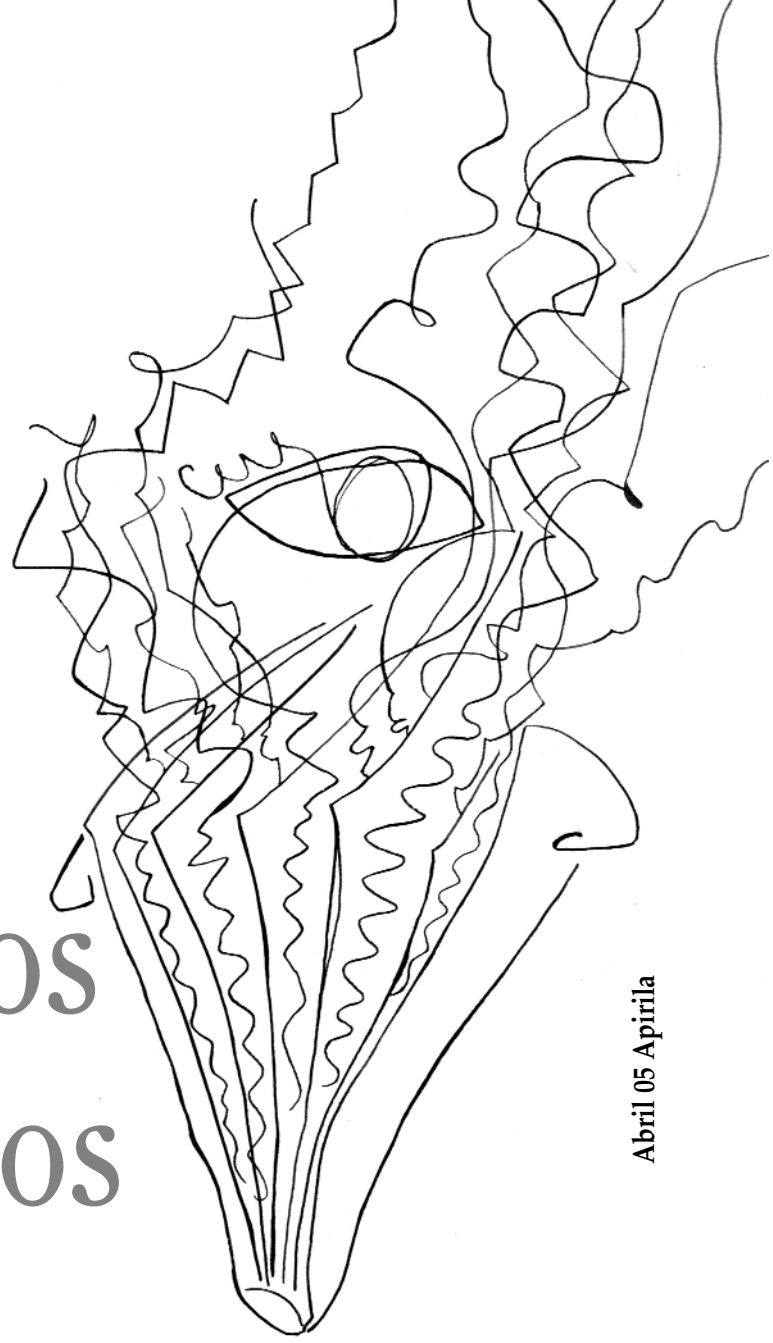


# cuadernos formativos



## *Imágenes de Dios en los jóvenes*

Francesc Torralba Roselló  
Profesor de la Universidad Ramon Llull (Barcelona)

Elizbarrutiko Gazte Pastoraltzako Ordezkaritza  
Delegación Diocesana de Pastoral con Jóvenes

Vitoria - Gasteiz

Abril 05 Apirila





# Imágenes de Dios en los jóvenes

Francesc Torralba Roselló

Profesor de la Universidad Ramon Llull (Barcelona)

Con la autorización del Centre Teològic Salesià Martí-Codolar

## 1. Observaciones críticas

El tema que nos proponemos tratar en esta monografía contrae serias dificultades que es fundamental soslayar antes de entrar directamente en la cuestión. No interprete el lector estas consideraciones previas a modo de excusa o de autojustificación, aunque pudiera parecerlo. El hecho es que intentar explorar las imágenes de Dios en la juventud resulta una tarea muy ardua por muchas razones.

En primer lugar, el concepto *juventud* es complejo y difícil de delimitar. Según como se defina, la juventud se relaciona con una franja de edad que desde la psicología evolutiva se cifra entre dos momentos del desarrollo de la persona, sin embargo, esta acotación resulta problemática, pues muchas personas que están fuera de dicha franja, se sienten, subjetivamente, jóvenes, aunque en sentido estricto no lo son. Otros, en cambio, que forman parte de la franja determinada, no viven conforme a los parámetros que definen a la juventud.

Se puede definir juventud no sólo como un fragmento de tiempo, sino como un modo de estar y de ver el mundo. Desde esta perspectiva, habría personas aparentemente maduras o hasta ancianas que, de hecho, se podrían calificar de jóvenes, ya sea por su actitud, o por su modo de ver la vida y de enfrentarse a los problemas. Si lo que caracteriza el ser joven es la fuerza vital, la proyección, el deseo vivido con ímpetu, la mirada hacia el futuro y el espíritu de rebeldía, hay, por un lado, muchos jóvenes que, en sentido estricto, no cumplen estos rasgos y, por otro lado, hay personas ancianas que se deben calificar de jóvenes. En este texto que el lector tiene en sus manos, tratamos la juventud en el sentido cronológico del término y no en el sentido vital. Delimitamos esta etapa entre los dieciséis y los veinticinco años, siguiendo los criterios más generales.

En segundo lugar, la idea de juventud no es homogénea, sino radicalmente heterogénea. Como dice

Aristóteles del ser, la juventud se dice de muchas maneras. Realmente, hay una pluralidad de modos de vivir esta etapa de la vida y no parece correcto realizar grandes afirmaciones categóricas sobre lo que la juventud piensa o lo que la juventud hace o lo que cree. En determinados planteamientos apocalípticos, se trata la juventud como un todo pétreo u homogéneo que corroe las costumbres y hábitos del pasado y que se convierte en el factor de decadencia. También hay planteamientos contrarios, donde se idolatriza la juventud, se defiende su espontaneidad, su libertad, su sinceridad. Ambos planteamientos son igualmente criticables, porque en ellos se trata a la parte como el todo. Este tipo de afirmaciones generales no incluyen las minorías, la pluralidad contenida en el conjunto y, habitualmente, se convierten en simplificaciones que no resiste un mínimo análisis intelectual.

Todavía hay una tercera dificultad en la exploración de esta temática, pues no sólo hay distintos modos de ser joven, sino que hay distintos jóvenes en el mundo y entre ellos se detectan diferencias cualitativas, especialmente en lo que se refiere a su sistema de creencias. No resulta pertinente situar en el mismo conjunto a un joven peruano y a un joven sueco, puesto que sus modos de vivir, de pensar y de creer fácilmente serán distintos como consecuencia de sus distintos orígenes.

En este texto, nos limitamos a esbozar la cuestión de las imágenes de Dios en los jóvenes de nuestro país, admitiendo que también dentro de nuestras fronteras existen muchas formas distintas de ejercer la juventud<sup>1</sup>. La Fundación Santa María edita periódicamente una encuesta de valores de la juventud española que es altamente significativa para poder explorar el sistema de creencias vigente en la juventud de nuestro país<sup>2</sup>. Tal y como se manifiesta en estos estudios, existe una notoria pluralidad de posturas, pero trataremos de abordar las imágenes generales de Dios que tienen.

<sup>1</sup> He desarrollado un trabajo similar con los adolescentes en: F. TORRALBA, *Del Dios-Obstáculo al Dios-Ausente*. La imago Dei en los adolescentes, en *Crítica* 912 (2004) 32-37.

<sup>2</sup> También es recomendable el texto: VV. AA., *Joves i valors. Els joves catalans en l'Enquesta Europea de Valors*, Generalitat de Catalunya, Barcelona, 2002.

Todavía es posible detectar otra dificultad en este análisis que radica en el tema que se trata de investigar. ¿De qué modo se puede explorar la imagen de Dios que tiene un joven? ¿Cómo es posible asomarse a su interioridad y poner nombres a su idea de Dios? No se trata de un fenómeno empírico que pueda contrastarse con los sentidos, ni de un objeto que pueda medirse, pesarse y fotografiarse. No tenemos otro remedio que explorar esta imagen a partir de lo que formulan con sus palabras, pero estas palabras revelan una idea aproximada de lo que, realmente, sienten en su interior. Esto puede, naturalmente, inducir a errores y el analista puede caer en proyecciones de tipo personal que nada tienen que ver con lo que el joven piensa y siente.

La práctica de la escucha se impone como elemento fundamental en una investigación como ésta. No pretendemos, ni siquiera, abordar de lejos una tarea de estas dimensiones, sino solamente exponer algunas hipótesis a partir de lo leído y de lo vivido, pero somos conscientes que una exploración de este tipo requeriría una investigación de tipo etnográfico a partir de una muestra significativa de jóvenes. Sería esencial que las instituciones religiosas y, en especial, las órdenes y congregaciones que operan en el ámbito educativo, se dispusieran a elaborar un trabajo de este tipo, para poder sacar conclusiones inteligentes en la práctica educativa y en los procesos de iniciación a la fe.

Trataré de mostrar mis tesis sobre esta cuestión a partir de unos textos de la filósofa Edith Stein (1891-1942) que me parecen cruciales para situar el debate en torno a las

**Gaztaroa ez da denbora tarte bat soilik, baizik eta munduan egoteko eta mundua ikusteko modu bat.**

**Jainkoa irudi gizakiarretik gaindi dago, eta ez dago bere horretan bildu edo agertu lezakeen giza irudirik.**

imágenes de Dios y a la función de la teología al respecto. Siguiendo sus ideas, intentaré explicar que lo más fundamental no es que el joven tenga o no tenga imagen de Dios, sino que tenga experiencia personal e íntima de Dios, pues sólo ésta puede producir, realmente, una transformación en su vida exterior.

## 2. Dios y la multiplicación de imágenes

Parto de una premisa discutible, pero, a su vez, razonable: Dios está más allá de toda imagen, lo que significa que, en último término, no puede ser representado, ni expresado a través del lenguaje icónico. Desde una perspectiva atea, Dios es reducido a una pura imagen mental, a una proyección humana que se realiza en los momentos de congoja. No niego que el ser humano sea capaz de crear y de fabricar imágenes de Dios en los momentos críticos de su existencia, pero esto no significa que Dios pueda reducirse, simple-

mente, a este conjunto de imágenes antropomórficas que el ser humano construye en su interioridad.

En uno de sus versos más conocidos el gran pensador español don Miguel de Unamuno se pregunta: “¿Soy yo creación de Dios o es Dios creación de mi congoja?”. No creo que sólo pueda responderse de un modo a esta pregunta. Además, pienso que la disyuntiva no es excluyente. Parto de la idea que el ser humano es *cre-*



*atio Dei*, pero que, a su vez, es capaz de crear dioses a su imagen y semejanza. De ahí se deduce que hay un *dios* puede ser creación de *mi* congoja, pero que el Dios-Totalmente-Otro, ése que no puede ser representado, ni concebido, ni expresado verbalmente, está más allá de *mis* creaciones subjetivas y circunstanciales.

Desde mi perspectiva intelectual: Dios trasciende toda imagen humana y no hay ninguna imagen humana que, realmente, pueda contenerle y mostrarle tal cual es. Edith Stein lo expresa de un modo categórico: “Dios solamente es reconocido en lo que se revela, y los espíritus a los que se revela, transmiten la revelación. Conocimiento y anuncio se exigen mutuamente.

Cuanto más elevado es el conocimiento, más oscuro y misterioso resulta, y menos posibilidad hay de plasmarlo en palabras. La ascensión hacia Dios es una ascensión a la oscuridad y al silencio”<sup>3</sup>.

En muchos casos, las imágenes que nos forjamos de Dios no sólo no nos acercan al Dios-más-allá-de-toda-imagen, sino que además obstaculizan el encuentro con ese Dios. Muy frecuentemente, nuestra imagen de Dios se convierte en un dios, se convierte en objeto de devoción y de fe, mientras que el Dios trascendente, el Totalmente Otro, permanece oculto, eclipsado tras una tupida capa de máscaras y de imágenes antropomórficas.

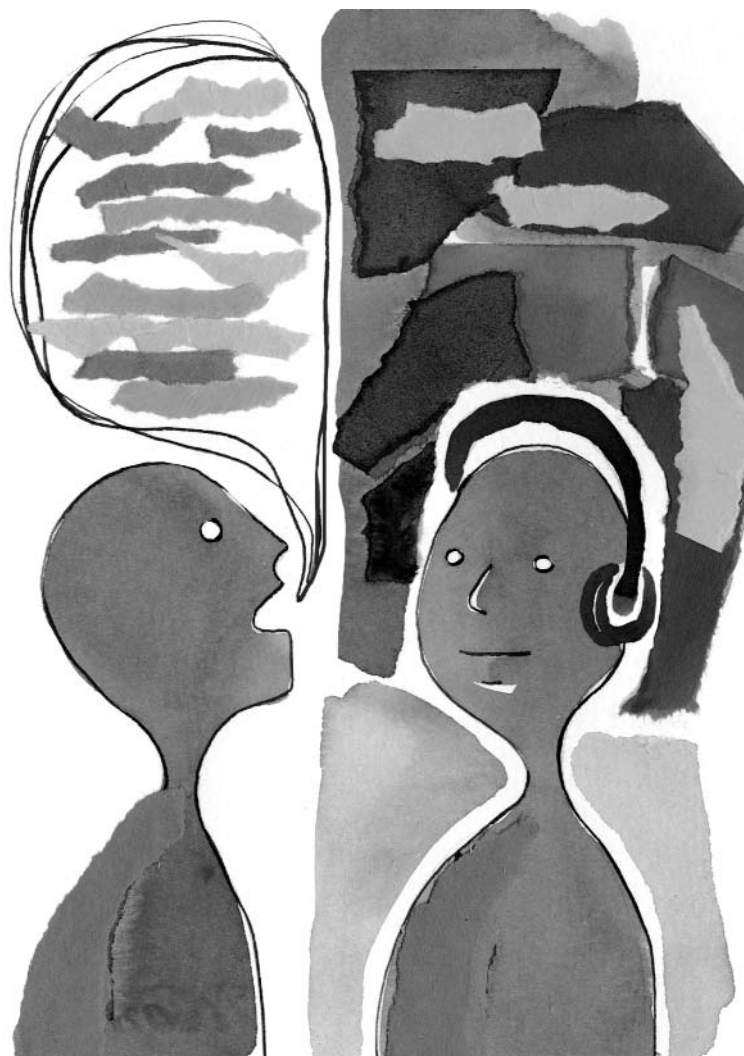
En nuestro universo cultural y social, se detecta una urdimbre de imágenes de Dios. Este fenómeno también es visible en la juventud. Los jóvenes tienen una imagen de Dios, pero esta imagen puede ser muy lejana de la realidad del Dios que se manifiesta en la historia a través de la Revelación. Lo preocupante, desde mi juicio, no es que tengan una imagen de Dios o que carezcan de ella, sino de que modo viven el encuentro con el Dios que está más allá de toda imagen. Podrían tener una imagen de Dios, pero desconocer la experiencia de Dios. Pero también podría ocurrir lo contrario: que tuvieran experiencia de Dios, pero que no fueran capaces de articular lingüísticamente lo vivido en la interioridad.

Según los estudios empíricos de tipo sociológico, la gran mayoría de jóvenes cree en Dios. Contra lo que generalmente se afirma, la creencia en Dios no está en crisis entre la juventud, aunque la mayoría de éstos que dicen creer en Dios, no creen en un Dios personal. Una cantidad significativa cree que existe algún tipo de espíritu o fuerza vital. Por otro lado, la gran mayoría de los que dicen creer en Dios no frecuentan ninguna institución religiosa, ni se sienten miembros de ninguna iglesia.

Aunque una gran mayoría afirman la existencia de Dios, el hecho es que no se definen a sí mismos como personas religiosas. Probablemente, porque el término *religioso* tiene malas connotaciones. Inclusive los jóvenes que participan de movimientos sincréticos de culto como los de la *New Age*, cuando son entrevistados dicen que no tienen nada que ver con la “religión”. Da la impresión que detrás del concepto de religión se oculta el término *catolicismo*, *iglesia*, y ello genera un fuerte desdén. Para la gran mayoría de nuestros jóvenes, las instituciones religiosas y, en particular, la Iglesia Católica, sufre una grave crisis de credibilidad. Practican una sistemática desconfianza con respecto a los líderes religiosos y sólo en determinados casos excepcionales se fían de sus palabras y de sus discursos.

Merece la pena insistir en ello, porque en algunos sectores de iglesia española se parte de una visión muy triunfalista de la relación entre juventud y religión, especialmente, después de la última visita del Sumo Pontífice en nuestro país. Más allá de las apariencias y de los encuentros masivos, el joven de nuestro país vive y crece aislado de la institución eclesial, ajeno a su discurso y a sus símbolos y ritos. Naturalmente, existe grupúsculos de tipo minoritario que contradicen lo dicho aquí, pero tienen un carácter muy residual.

En la vida del creyente resulta esencial contrastar la propia imagen de Dios con las imágenes que tienen otras personas de Dios, con el fin de ver la relatividad de la propia imagen y darse cuenta que, al fin y al cabo, toda imagen es una construcción que debe ser cuestionada y puesta entre paréntesis. Sólo si ponemos entre paréntesis nuestras preconcepciones de Dios, podemos practicar la acogida del Dios-Otro que se revela en la interioridad más íntima del ser humano.



En el desarrollo personal de la fe, uno se percata que, a lo largo de su periplo vital, la imagen de Dios se ha transformado. Esa imagen infantil y pueril de Dios que uno tenía cuando era niño, se metamorfosea, con en el tiempo, en una imagen más compleja y oscura. No sabemos qué imagen de Dios tendremos al final de nuestro itinerario existencial, tampoco podemos predecir si será una imagen más clara y luminosa que la que vivimos en el presente, pero nuestra iconografía interior de Dios se transforma a lo largo de nuestra vida, porque también se amplía nuestro registro de experiencias. Jamás alcanzamos una imagen plena de Dios, pero crecer en la fe significa deshacer imágenes pretéritas para construir nuevas imágenes que, con el tiempo, también serán deconstruidas.

“El creyente -afirma Edith Stein- posee una imagen de Dios y la confronta con las nuevas imágenes en las que halla al Dios propuesto. Justamente esto le permite enriquecer su imagen a partir de estas nuevas imágenes (...). Con ello no se abandona el terreno de la fe; hay un progreso hacia el interior de la fe, claramente distinto de una simple comprensión natural del sentido de las palabras, pero también del conocimiento experiencial de Dios”<sup>4</sup>.

### 3. La transmisión de imágenes y la experiencia de Dios

No cabe duda que uno de los temas más preocupantes desde un punto de vista educativo es el de las transmisiones. Observamos, con perplejidad, la dificultad que sufren padres y educadores para transmitir valores, creencias o ideales a las nuevas generaciones. A menudo, se les presenta esta tarea como una empresa imposible de realizar, como una lucha desigual, como la que entabló David contra Goliat.

La transmisión requiere, cuanto menos, de dos sujetos: el emisor, que se dispone a comunicar algo y el receptor que se dispone a practicar la escucha. La transmisión se convierte en una tarea compleja fundamentalmente por dos razones. En primer lugar, el transmisor sufre una falta de claridad en la comunicación de su mensaje. Nuestros antepasados tenían una imagen clara y nítida de Dios, pero como consecuencia de la cultura de la sospecha esta imagen se ha vuelto confusa, extraña y compleja y para poder transmitir algo se requiere de una cierta claridad.

El transmisor ya no tiene, por lo general, una imagen clara y distinta de Dios, porque parte de la imagen que le fue transmitida ha sido objeto de una profunda discusión y, su exigencia intelectual, no le permite asumir determinados contenidos del pasado. La imagen de aquel Dios de la infancia se desvanece, pero lo que aflora es un laberinto de ideas y una gran dispersión

de contenidos. Por lo tanto, lo que falla en el proceso de transmisión es, en primer lugar, la sólida vertebración de una *forma mentis* del transmisor, su falta de claridad.

No creo que se deba interpretar esta caída en la complejidad como el síntoma de un fracaso generacional, sino todo lo contrario. La cultura del conocimiento y de la sospecha nos permiten asomarnos a la cuestión de Dios desde otro prisma. Hemos ganado en perspectiva, hemos superado determinados prejuicios atávicos y una cierto provincianismo religioso. No podemos seguir pensando a Dios como lo pensaban nuestros antepasados, lo que significa que debemos reelaborar la imagen recibida y transformarla para poder comunicarla a las nuevas generaciones. Como dice Jean Marie Tillard, no somos los últimos cristianos, pero sí que somos los últimos en vivir aquel tipo de cristianismo.

El transmisor tiene problemas para comunicar una imagen clara y nítida de Dios, porque, simplemente, no la tiene y, como resulta evidente, nadie puede comunicar lo que no tiene o lo que no siente. La consecuencia de ello es que hay muchos jóvenes que jamás han recibido ninguna información de sus padres respecto a este tema. El silencio que han practicado sus progenitores en torno a estas

cuestiones tiene como efecto la ausencia de imagen, la intemperie religiosa del joven, el desconocimiento absoluto de dicha cuestión. Esta ausencia de imagen, como veremos posteriormente, puede ser el marco idóneo para una experiencia de Dios más clara y transparente que la que vivieron sus padres y sus abuelos.

La transmisión requiere de otro factor clave para su realización: la voluntad de escucha en el receptor. Si el receptor no desea acoger las palabras y consejos de emisor, difícilmente puede haber transmisión. Lo propio del transmisor es el éxtasis, la salida de sí mismo hacia el otro, pero lo propio del receptor, es la acogida, la práctica de la hospitalidad del mensaje del emisor. Nos hallamos frente a un receptor saturado, que está expuesto cotidianamente a una avalancha de información que, difícilmente, puede digerir. El receptor se ha convertido en el yo saturado (*the saturated self*) que describía hace ya unos lustros Richard Sennet. No siente el deseo de ser iniciado, ni está por la labor de escuchar. El resultado de esta opacidad comunicativa, es la ruptura de la transmisión. El transmisor no sabe qué comunicar, aunque desea comunicarse con el recep-

#### Gazte gehienek

**Jainkoarengan sinisten dute, baina ez dute Jainko pertsonal batengan sinisten, baizik era nolabaiteko espiritu edo bizi indarraren existentzian.**

**Ezin dugu Jainkoa pentsatu gure arbasoek bezala, eta hortaz jasotako irudia berre-raiki eta eraldatu behar dugu datozen belaunaldiei komunikatzeko.**

<sup>4</sup> E. STEIN, *Obras selectas*, pp. 484-485

tor, pero el receptor no tiene deseos de recibir nada, porque, simplemente, está saturado.

Muy frecuentemente, no se detecta este problema y en los procesos de iniciación a la fe, persiste la transmisión de palabras, de imágenes y de ideas que rebasan el yo saturado del receptor y que, consiguientemente, se desvanecen. La tarea es compleja, pero la mera reiteración de mensajes no garantiza lo más mínimo su asunción, sobre todo cuando el joven ya no tiene hambre de recibir. En algunos casos, llega a ser, inclusive, contraproducente.

#### 4. Ausencia de imagen

Como consecuencia de lo dicho en el anterior apartado, hay muchos jóvenes en nuestro país que carecen de una imagen de Dios. No se han forjado ninguna imagen de Él ni durante la infancia, ni durante la juventud. No han sido objeto de ninguna transmisión y la palabra *Dios* resulta ser, para ellos, una expresión vacua, vacía de contenido, completamente inocua. Su mente está colapsa de imágenes sensibles que tienen su origen en los sentidos externos, pero carecen por completo de una imagen de Dios. Como consecuencia de ello, no adoptan ninguna postura frente a Dios, ni le afirman, ni le niegan, sino que, en términos generales, practican una especie de indiferencia en términos teológicos.

Esta ausencia no debe contemplarse, como se ha dicho anteriormente, negativamente. En ocasiones, es preferible una ausencia de imagen, que no una imagen negativa, porque en este segundo caso es pertinente deconstruir esta imagen y elaborar de nuevo la imagen de Dios. No son jóvenes opacos a la experiencia de Dios, sino que son el producto de una educación ajena al desarrollo del sentido religioso, de la experiencia trascendente. El ser humano, en tanto que ser de experiencias, es capaz de múltiples desarrollos, pero para ello requiere de una educación, de una correcta iniciación. Estos jóvenes ocupan las universidades y tratan de vivir felizmente sus vidas, pero no poseen en su interioridad una imagen de Dios.

Tampoco son nostálgicos. No viven con temor y temblor la ausencia de una imagen, sino que viven instalados en el mundo, ocupados por las cosas que hay en él y preocupados por su futuro que, muy frecuentemente, se plantea difícil, tanto en el plano laboral como de la vivienda. El tema de Dios ocupa un lugar muy irrelevante en su escala de valores. Viven la ausencia de un ser amado, pero no pueden vivir la ausencia de Dios, porque, simplemente, no han vivido su presencia. Si, como dice el filósofo francés

**Gazte asko dago Jainkoaren irudirik ez duenik, ez dutelako transmisorik jaso.**

**Jainkoaren ausentzian bizi dira, ez dutelako bere presentzia bizi izan.**

**Gazte batzuentzat Jainkoa askatasunean aritzeko gaintu beharreko muga da, edo ezeztatu beharrekoa. Jainkoa izan ala ez izan, nik neure bizitza independentziaz jarraituko dut.**

Gabriel Marcel, sólo podemos padecer el drama de la ausencia, si hemos tenido experiencia de un Tú-amado, no resulta nada extraño que estos jóvenes vivan con total normalidad en un mundo donde no hay Dios, pues nunca tuvieron la experiencia de ese Dios.

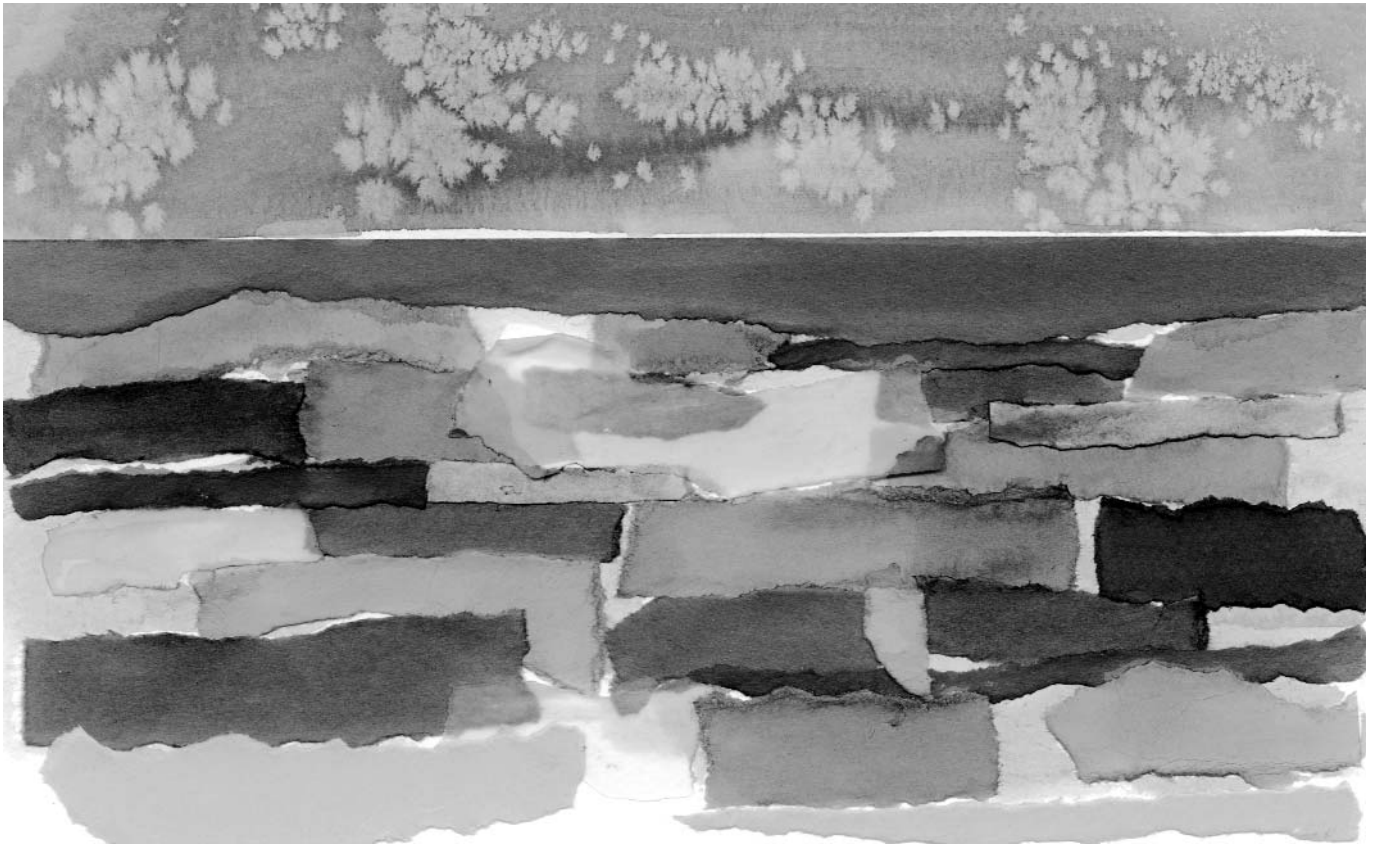
#### 5. El Dios-obstáculo

Subsiste, en algunos sectores de nuestra juventud, una visión negativa de Dios, una imagen según la cual Dios es un obstáculo, una especie de privación de la libertad potencial del sujeto. Aparece como el juez o peor todavía como el fiscal que anatemiza los actos libres y espontáneos de la persona. Desde esta perspectiva, Dios es un muro para el ejercicio de la libertad que debe ser superado o, simplemente, negado. Esta idea de Dios es, por lo general, muy poco frecuente.

Esta visión del Dios-Obstáculo se construye, por lo general a partir de tópicos. Algunos han vivido realmente una educación e iniciación en la fe tan extraordinariamente negativa que padecen intensamente esta imagen del Dios-obstáculo, pero la gran mayoría desconocen, afortunadamente, esta experiencia. Para aquéllos, la muerte de Dios es necesaria para la paz interior y el crecimiento personal. Naturalmente no se trata de la muerte de Dios, pero sí de la muerte de una imagen de Dios que, consiguientemente, tiene un efecto catártico.

La mayoría de los jóvenes interpretan que Dios es un obstáculo, ya sea a la práctica de la libertad sexual o a la paz. Realmente viven como si Dios no existiera, pero a través de los medios de comunicación social tienen, por ejemplo, conocimiento de una declaración de la Conferencia Episcopal sobre sexualidad y llegan a la conclusión de que Dios es un obstáculo a su libertad de movimientos. También llegan a la conclusión de que Dios es un obstáculo a la paz por el simple hecho de que un grupo de terroristas se identifican con el Islam. No deja de ser lamentable la incapacidad de juicio crítico frente a determinadas informaciones, pero el hecho es que esta imagen del Dios-obstáculo no aflora, generalmente, de dentro, sino que tiene su génesis en la presentación exterior de la religión y de Dios.

A partir de este magma de informaciones que reciben los jóvenes, llegan a la conclusión de que Dios es un obstáculo y de que se viviría mucho mejor en el mundo sin Dios. Desde el 11-S hasta el momento actual, esta visión del Dios-obstáculo ha crecido exponencialmente, no sólo en los Estados Unidos de América, sino



también en la vieja Europa, y no sólo entre la juventud, sino también entre las personas maduras. A pesar de las críticas de los teólogos de este uso instrumental de la palabra *Dios*, a pesar de las condenas explícitas del Vaticano en relación al terrorismo internacional y la guerra de Irak, el caso es que la visión negativa de Dios, crece exponencialmente.

Más allá de la visión del *Dios-obstáculo*, lo que abunda, en términos generales, es la indiferencia frente a Dios. Como ya expresó lúcidamente Gilles Lipovetsky hace casi un par de décadas en *La era del vacío* (1986), el hombre actual vive sin Dios, pero también sin nostalgia de Dios, le resulta indiferente su existencia, e inclusive en el caso que Dios existiera no cambiaría ni un ápice su modo de existir. En un diálogo que tuve con una joven estudiante esta idea quedó profundamente expresada en la siguiente frase que me comunicó: Exista o no exista Dios, yo voy a seguir mi vida con total independencia.

Esto significa que sólo para un sector muy reducido de jóvenes, Dios es obstáculo, es barrera, limitación de la propia libertad expresiva. Esta imagen no es una causalidad, sino que es la consecuencia lógica de una transmisión de la imagen de Dios, donde lo divino aparece bajo la máscara del censor o del fiscal. No es extraño que, a partir de una determinada edad, el joven desee disolver esta imagen en la nada, ejecutar el deicidio y liberarse de esta imagen horrible de Dios que limita su libertad y su capacidad de realización.

## 6. El Dios-Amor

Un sector de los jóvenes de nuestro país ha sido iniciado en la fe cristiana y han asumido la imagen de Dios-Amor que crea el mundo por amor y se manifiesta en él para liberar al hombre de todas las formas de vasallaje. Como consecuencia del Concilio Vaticano II la teología del Dios-Amor se ha desarrollado intensamente en los últimos lustros y también la pastoral que se deriva de ella. En esta teología, se presenta a un Dios amable, a un Dios cuyo fin es la realización del hombre y su plena liberación. Este Dios-Amor está interiorizado como imagen, pero en muchos jóvenes no tiene ningún tipo de significado vital.

No deja de ser paradójico que los jóvenes que se han formado en esta imagen tan amable de Dios, de un Dios que, como en la parábola del hijo pródigo, acoge incondicionalmente al huésped, se alejen de esta imagen y no sea nada operativa en su modo de vivir. Esto debería ser objeto de una profunda meditación en el seno de la institución religiosa. Si Dios es amor y el ser humano es imagen y semejanza de Dios, significa que cuanto más ama, más se acerca a su Fuente creadora. En términos generales, los jóvenes que tienen esta imagen de Dios no viven de un modo coherente con lo que ello significa. Esto no sólo es visible en la juventud, sino también en quienes tratamos de formar a los jóvenes.

Para muchos jóvenes que parten de esta imagen de Dios, no resulta nada significativa la expresión Dios-Amor. Salvo en algunos casos en que esto se traduce



en un modo de vivir cuyo centro fundamental es el acto de amar, en términos generales, es asumido como un axioma abstracto que resulta totalmente inoperativo en la vida práctica. Estos jóvenes no viven angustiados por el más allá, ni padecen el temor al juicio final propio de otras generaciones. Tienen presente que Dios les ama tal como son, que Dios acoge incondicionalmente y que perdona a todos por es Amor absoluto, pero no son capaces de interpretar lo que está afirmación implica en la antropología y en la ética.

Como pone de manifiesto Karl Rahner, la revelación de Dios en la historia no sólo expresa, analógicamente, la naturaleza de Dios, sino también la naturaleza más honda del ser humano. Al afirmar que Dios es amor, se afirma implícitamente que el camino de realización plena del ser humano pasa ineludiblemente por la práctica del *agapé*.

## 7. El Dios-principio cósmico

Para una representativa parte de los jóvenes de nuestro país, Dios es principio cósmico, creador del mundo, pero no es interpretado en términos de persona. Se sitúan en la perspectiva del teísmo, donde Dios es el forjador del mundo, el principio de todas las cosas, pero no entra en relación con el hombre, ni el hombre puede establecer contacto alguno con él. En último término, el hombre está solo y aunque tuviere una conciencia eterna no podría establecer un contacto con ese Dios, porque en tanto que principio cósmico, no sólo no es capaz de hablar, sino tampoco es capaz de practicar la escucha. La oración requiere de un acto de escucha. El orante se dispone a escuchar lo que Dios desea de Él, la misión que Dios le tiene encomendada en esta existencia. Este acto de escucha presupone que el Otro habla, pero el Dios-principio no habla, no se comunica, porque es, el Origen, la Fuente de todo cuanto hay, pero no es persona.

Este sector de jóvenes no niegan a Dios, pero sí que niegan a un Dios personal y naturalmente no admiten la filiación divina de Jesús. Consideran que Jesús fue un hombre ejemplar, un ser humano ideal, coherente y solidario, pero no pueden admitir que sea la encarnación de Dios, porque Dios es un principio cósmico que nada tiene que ver con los hombres, con su

vida y sus sufrimientos. Mucho más paradójica les resulta la idea de un Dios-sufriente, de un Dios crucificado para decirlo con la expresión de Jürgen Moltmann.

## 8. El Dios-naturaleza

Existe un sector de jóvenes, profundamente sensibles por la ecología, que tienden a divinizar, de manera consciente o inconsciente, el universo natural. Son jóvenes urbanos, saturados de asfalto que mitifican la naturaleza y se fugan de la ciudad para vivir en armonía con la madre-naturaleza. Como es patente, en esta imagen de Dios, Dios no dispone de una Ley, sino que es la misma naturaleza, lo que significa que vivir conforme a la naturaleza es vivir conforme a Dios, o dicho de otro modo, entrar en comunión con ella es entrar en comunión con Dios.

De esta imagen del Dios-naturaleza se deduce una ética ecológica cuyo fin esencial es dañar lo más mínimo el entorno natural y practicar una benevolencia hacia todos los seres vivos. Este tipo de actitudes tienen ciertas similitudes y afinidades con éticas de signo oriental, como, por ejemplo, el Hinduismo y el Budismo, y también con determinados movimientos *New Age* que, en los últimos lustros han adquirido mucho protagonismo en nuestra sociedad.

**Gazte batzuentzan Jainkoa maitasuna da, baina ez dauka bizitzarako esanahirik.**

**Zenbait gazterentzako Jainkoa printzipio kosmikoa da, baina Jainko pertsonala ukatzen dute eta ez dute Jesusen filiazio jainkotiarraren onartzen.**

**Bada Ekologiari sentibera den gazteriaren alor bat, hortaz, Naturarekin bat egitea Jainkoarekin bat egitea da.**





Subsiste en ellos una imagen panteísta de Dios que tiene claros remilgos románticos, aunque se trata de una religiosidad que no ha sido explorada, ni fundamentada racionalmente. Tampoco han leído a Baruch Spinoza, el máximo representante del panteísmo en Occidente, pero viven el contacto con la naturaleza como una experiencia religiosa, de transgresión, de trascendencia de lo habitual.

## 9. El Dios-interior

Dios es, para algunos jóvenes, una Voz que habla en la conciencia, que acompaña y que en las horas de soledad se convierte en el Interlocutor fundamental. No se trata de un Dios-Ley que impera desde lo más hondo de nuestro ser, sino de un Dios-Amigo que me comunica pensamientos, ideas y sentimientos y que se convierte en un confidente invisible que me acompaña por todos los lugares en los que me ubico.

Este Dios-interior no se sitúa dentro del marco de una determinada institución religiosa. Se trata de una religiosidad sin institución, sin credo, sin dogmas y sin moral. No pocos jóvenes dicen tener relación con Dios cuando meditan o rezan, pero no lo hacen en los lugares tradicionalmente creados para ello. Este tipo de espiritualidad individual e íntima no se exterioriza en la vida práctica, sino que permanece oculta en la conciencia del individuo y no se visibiliza ni en prácticas rituales, ni en ornamentos simbólicos.

Los jóvenes no identifican esta Voz interior con la Voz de Dios de Israel que se manifiesta en la historia y revela su Ley, tampoco con un Dios trascendente más allá del tiempo y del espacio, sino que más bien se trata de un dios inmanente, como una especie de *daimon* interior, al estilo socrático.

Este espíritu confidente que susurra al oído del espíritu no resulta una voz incómoda como podría serlo, con frecuencia, la voz de la conciencia. No genera experiencia de culpabilidad, ni siquiera de responsabilidad, lo que significa que dicha voz no altera lo más mínimo el *modus vivendi* del joven en cuestión.

## 10. Politeísmo catódico

Una gran cantidad de jóvenes de nuestro país ya no creen en los dioses de sus padres, pero creen en otros dioses. Practican otro tipo de devociones y sacrificios, pero ya no en los templos que frecuentan sus padres, sino en otros espacios. El lugar de exposición de los dioses ya no es la institución religiosa. Los dioses de los jóvenes se revelan en los sistemas de comunicación



**Jainkoa, gazte batzurentzat, Jainko-laguna da, pentsamenduak, ideiak, sentimenduak, komunikatzen dizkidana eta confidente ikustezin bilakatzen da. Erakunde, kredo, dogma edo moralik gabeko erlijiosotasuna.**

**Gure gazteak ez dira monoteistak, baizik eta politeistak. Jainko ugaritan sinisten dute eta haien bizitzak, haien irudira egituratzen dituzte.**

audiovisual y generan auténticos movimientos de *mímesis*, de imitación de todo lo que el dios de turno haga o diga.

Según algunos analistas, nuestros jóvenes no son monoteístas, sino que son, realmente, politeístas. Creen en multitud de dioses y configuran sus vidas a imagen y semejanza de ellos. Se divinizan

determinados personajes públicos, especialmente, del ámbito musical, cinematográfico y deportivo. También se diviniza determinados hechos de la vida humana: el éxito, la fama, el cuerpo, la salud, el deporte, la música o el sexo. En algunos casos, este tipo de devociones genera comportamientos adictivos que llegan a ser, inclusive, patológicos.

El joven es capaz de sacrificar tiempo y dinero para estar lo más cerca del olimpo de los dioses. No es verdad que nuestra juventud es, en términos generales, hedonista e indolente, pues, muchos jóvenes tienen una enorme capacidad de sacrificio y de abnegación para conseguir el fin que se proponen. Los nuevos dioses son nuevos ídolos que, como Saturno, acaban devorando a sus víctimas.

## 11. La saturación de imágenes y el anonadamiento

Nos hemos referido, anteriormente, a la saturación de imágenes que padece el joven actual. Si esta hipótesis es certera, en el proceso de iniciación de la fe, no parece pertinente comunicar más imágenes, porque el yo saturado es incapaz de absorber más información.

De lo que se trata, entonces, es de practicar el vaciamiento interior. Iniciar no es llenar, sino vaciar, consiste en extraer del recipiente todos esos mensajes que son completamente irrelevantes y que colapsan la interioridad del joven. El encuentro con Dios se produce en la interioridad, pero sólo si la interioridad está dispuesta a recibir al Huésped. Este anonadamiento del yo requiere de una práctica silente y de una cierta capacidad para la experiencia de la soledad.

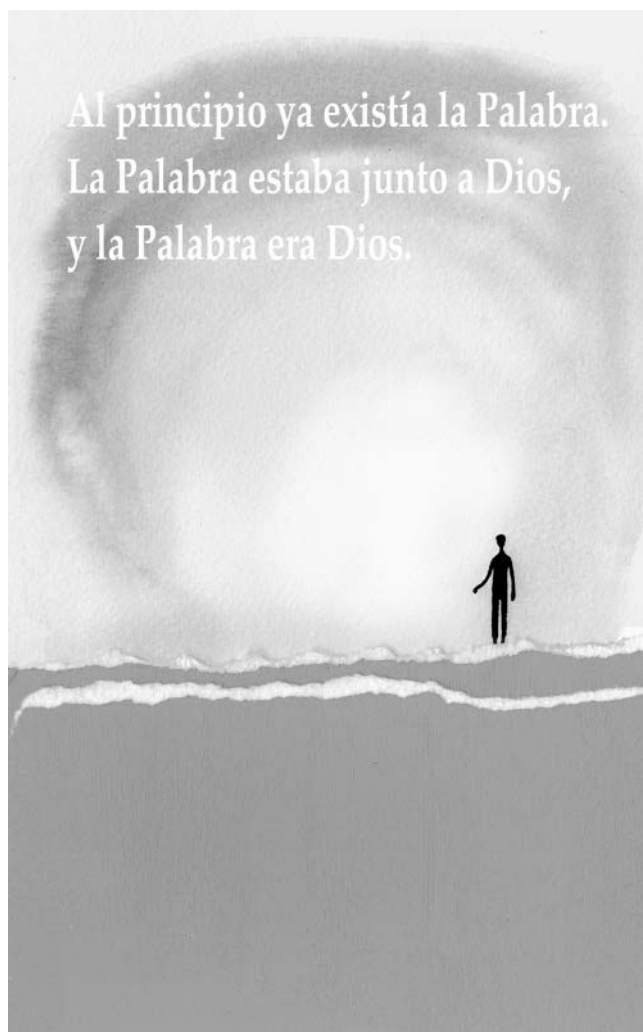
La tarea de la teología se relaciona directamente con esta praxis de liberación, que no sólo debe ser comprendida de un modo externo, sino también de un modo interno. La teología puede liberarnos de esas imágenes de Dios “demasiado humanas” que colapsan todo el espacio interior y no permiten la experiencia del Dios-Otro.

“Ésta es -afirma Stein- la meta de toda teología: liberar el camino que lleva a Dios mismo”<sup>5</sup>. Cuando finalmente se produce el encuentro personal con Dios, entonces “tendremos la ‘misteriosa revelación’ en el sentido más propio, la teología mística, la automanifestación de Dios en silencio. Esta es la cima a la que conducen los grados del conocimiento de Dios”<sup>6</sup>.

De ahí se desprende la idea que iniciar al joven en la experiencia de Dios implica una práctica de anonadamiento, una *cura* de silencio y una radical sospecha de todas las imágenes de Dios presentes en su interior. Desde la perspectiva cristiana, Dios se manifiesta en la historia como Palabra y sólo porque se manifiesta en la historia bajo esta forma, es posible decir alguna palabra sobre Dios. Toda palabra humana sobre Dios debe fundarse en la Palabra que Dios ha dicho de sí mismo en la historia. Dios se comunica y da a conocer su naturaleza en el acto de la Revelación, pero sólo el ser humano que practica el silencio y está dispuesto a escuchar, puede vivir la experiencia del encuentro y auscultar la Voz que libera.

“Dios -afirma Edith Stein- es el teólogo originario. Todo hablar sobre Dios presupone que Dios hable. Su lenguaje más propio, ante el cual la lengua humana debe callar, no se ajusta a las

**Irudi saturazioaren aurrean, barne husketan jardun behar dugu, ixiltasuna eta bakardadea eskatzen duen horretan.**



palabras humanas ni a ningún lenguaje figurado. Aferra a quien va dirigido y exige como condición para su aceptación la entrega personal. Una tal operación lleva por norma la demanda de ser teólogos. Dios quiere que aquellos, a los que habla en la cima de la montaña, transmitan su mensaje a los de abajo. Y así se permite hablarnos a través de ellos e incluso sin su mediación con palabras humanas y con imágenes comprensibles. Brinda a sus teólogos las palabras e imágenes que posibilitan a otros hablar sobre Él. Él habla a los otros como teólogo simbólico (...) y permite con ello entender el lenguaje de los teólogos”<sup>7</sup>.

Dios se manifiesta en la historia a través de la Palabra y con esta Palabra construye imágenes de sí mismo que los seres humanos debemos interpretar y ahondar. No toda imagen de Dios es legítima, sino sólo aquella que se funda en la Palabra que Él ha comunicado en la historia. “El teólogo -dice Edith Stein- conoce a Dios a partir de imágenes. En este caso la imagen no es producto suyo, sino elaboración de Dios. Dios se ha configurado en sus imágenes y a través de las mismas se da a conocer”<sup>8</sup>.

<sup>5</sup> *Obras selectas*, p. 486.

<sup>6</sup> *Obras selectas*, p. 494.

<sup>7</sup> *Obras selectas*, p. 494.

<sup>8</sup> *Obras selectas*, p. 473.

## 12. Observaciones finales

En términos generales, se puede observar dos itinerarios hacia Dios: el interior que parte de la contemplación del mundo (itinerario exterior) y el itinerario que parte del afuera y se introduce en el adentro de la subjetividad (itinerario interior).

Ambos se plantean, con gran dificultad, para nuestros jóvenes. El mundo, según su percepción, ya no es contemplado como un orden, como una manifestación de la belleza de Dios, sino como un caos, donde reina el desorden y donde resulta imposible ver los destellos de unidad, de verdad, de bondad y de belleza que Dios le ha comunicado. Son seres que viven en un mundo que ha sido configurado por los medios de comunicación. Desde éstos, se presenta simultáneamente imágenes contradictorias que, aparentemente, no tienen ningún tipo de lógica. La impresión que nuestros jóvenes tienen del mundo a juzgar por lo que ven y oyen en los medios de comunicación de masas es que el mundo es un caos sin fin, que no tiene orden ni principio.

El camino interior, el que propiamente desarrolla San Agustín entre muchos otros, también se presenta como un obstáculo para nuestros jóvenes. El yo es percibido como un laberinto, como un conglomerado de voces que interactúan en el yo, de gritos gimen y de imágenes que han sido interiorizadas por los sentidos exteriores (vista y oído fundamentalmente). El camino hacia la interioridad exige una cierta *tranquillitas spiritualis*. Sólo es posible auscultar la Voz, si, previamente, se han disipado las múltiples voces que se oyen en el interior.

El proceso de iniciación de los jóvenes a la fe implica la reconstrucción de estos dos itinerarios: el exterior y el interior. Por un lado, debemos ayudar al joven a contemplar los *vestigia Dei* que hay en el mundo, pero, por otro, debemos invitarle a ensimismarse, a practicar el encuentro con él mismo, porque, si Dios está en la interioridad más honda de mi ser, sólo de esta manera, es posible hallarle.

Concluye Edith Stein: “Este nuestro mundo, el que tenemos nuestra morada, en el que vivimos y nos movemos, con el que sabemos tratar, es la naturaleza, de la que nos alegramos, a la que amamos, ante la que nos situamos encantados y maravillados y en tímido respeto; un todo lleno de sentido que nos habla con voces múltiples, que se nos manifiesta como todo en cada una de sus partes, y que sin embargo permanece siempre un misterio. Precisamente este mundo, con todo lo que manifiesta y oculta, apunta más allá de sí

mismo hacia un todo que se manifiesta misteriosamente a través de aquél”<sup>9</sup>.

Despertar en el joven el sentido del misterio es fundamental para desarrollar en él una cierta vivencia de la religiosidad. En el contexto cultural en el que nos hallamos, el misterio se identifica con la ignorancia y el desconocimiento, pero con esa dimensión de lo real que trasciende al espacio y tiempo. El joven positivista, pragmático y materialista concibe el universo como una gran máquina cuyo funcionamiento se explica por leyes físicas y químicas. En él no hay lugar para el misterio.

Sólo es posible vivir la experiencia de Dios, si educamos la mirada, si enseñamos a ver de otro modo el universo en el que nos hallamos. En determinadas situaciones-límite, donde el vacío se hace realmente presente, se suscita en el joven un tipo de interrogantes que, por lo general, están latentes en él, pero no afloran a la superficie. Resulta esencial explorar este tipo de interrogantes y ponderar el

deseo de sentido que se desprende de ellos.

**Gaztearengan misterioaren zentzua esnatzea oinarrizkoa da beragan nolabaiteko erlijio-tasun bizipena garatzeko.**

**Jainkoaren esperientzia bizitzea bakarrik da posible, begirada hezitzen baldin badugu eta bizitantzen dugun unibertsoa beste-la begiratzeko hezitzen badugu.**



<sup>9</sup> *Obras selectas*, p. 472.



# Gazteen Berriak

Al servicio de los jóvenes

Delegación Diocesana de  
Pastoral con Jóvenes  
Elizbarrutiko Gazte  
Pastoraltzako Ordezkaritza

